

*reseña*

## DIOS ES UN CÍRCULO PERFECTO

McGUIRK, Justin. *Ciudades radicales. Un viaje a la nueva arquitectura latinoamericana*. Madrid: Turner, 2015.

EMILIO NISIVOCCIA

El 13 de enero de 2016 Tom Pritzker anunció a la prensa internacional desde Chicago, Illinois, que Alejandro Aravena era el flamante vencedor del premio que lleva por nombre su apellido. El jurado presidido por el incombustible Lord Peter Palumbo estuvo integrado por Stephen Breyer, Yung Ho Chang, Kristin Feireiss, Glenn Murcutt, Richard Rogers, Benedetta Tagliabue y Ratan N. Tata. Es decir, por una mezcla de viejos Pritzker –Murcutt y Rogers– con arquitectos de visibilidad media y un par de personajes dignos de ocupar la portada de *Vanity Fair* o la de *Forbes*, como el juez Breyer y el multimillonario representante del clan Tata.<sup>1</sup>

Ahora bien, si a la luz de los nombres que integraban el jurado cabe sospechar que Palumbo y Pritzker no dejan demasiados cabos sueltos, entonces el premio de Aravena tampoco debería parecer el producto de la pura y simple casualidad, sino más bien el resultado de una decisión suficientemente decantada. De hecho, el arquitecto chileno ya había participado como jurado del certamen entre 2009 y 2015, cuando fueron premiados Peter Zumthor, Kazuyo Sejima y Ryue Nishizawa, Eduardo Souto de Moura, Wang Shu, Toyo Ito y el veterano inventor de estructuras livianas Frei Otto.

Aquel 13 de enero, Mr. Pritzker dijo ante las cámaras que Aravena «ha vuelto más profunda nuestra capacidad para entender el significado real de un diseño grandioso», y esto porque «su trabajo en la edificación ofrece oportunidades económicas para los menos privilegiados, mitiga los efectos de los desastres

1. El Premio Pritzker lo entrega la Fundación Hyatt, es decir, la corporación hotelera que preside Jay A. Pritzker y que para la revista *Fortune* ocupaba el puesto 78 entre las grandes compañías estadounidenses en 2015. Un repaso a la nómina del jurado permite vislumbrar algunas cosas.

Stephen Breyer es juez asociado a la Corte Suprema de Estados Unidos y referente entre los magistrados del ala liberal. Yung Ho Chang es un arquitecto chino formado en Nanjing que luego pasó por Berkeley. Chang tiene una larga trayectoria en el país del norte, un cargo en el Massachusetts Institute of Technology de Chicago y oficina en Beijing. Kristin Feireiss también es arquitecta, nacida en Alemania y con una trayectoria como curadora y escritora de perfil mediano. Glenn Murcutt es uno de los campeones del diseño sustentable y un pionero de la ética en arquitectura. Nacido en Inglaterra pero australiano por adopción, Murcutt fue Pritzker en 2002. Richard Rogers también fue Pritzker pero en 2007. Británico por adopción, Rogers nació en Italia, es sobrino de Ernesto Nathan Rogers y coautor del Beaubourg junto con Renzo Piano. Benedetta Tagliabue también nació en Italia...

naturales, reduce el consumo de energía y brinda espacios públicos acogedores». Pasado en limpio, todo indica que para Pritzker, Aravena se ajusta punto por punto al decálogo de la corrección política en tiempos de crisis global: está socialmente comprometido, realiza proyectos sustentables y trabaja en favor del derecho a la ciudad. O al menos, es lo que parece.<sup>2</sup>

Llegados a este punto, resulta imposible dejar de pensar que en la galaxia Pritzker Aravena no solo ocupa el justo término medio, sino también es una pieza importante que permite jugar apuestas en tres frentes estratégicos. El primero es el futuro. Aravena es un arquitecto joven y con esto cabe la sospecha de que después de tantos años dedicados a premiar trayectorias – es decir, a juzgar el pasado–, al Pritzker le llegó la hora de ser protagonista de la construcción del futuro.<sup>3</sup> El segundo dice que Aravena «es uno de los nuestros». Esto significa que el chileno egresó de Harvard e inventó Elemental durante una cena en Cambridge, pero, mucho más importante todavía, que la estrategia del estudio –o *think do*, como gustan llamarle– consiste en articular todos los intereses en juego sin dejar de contemplar ninguno. El punto es delicado en la medida en que –según se mire– supone un modelo de gestión inclusiva y democrática muy saludable para todos, pero también amenaza con estampar la firma en el libro de la poshistoria donde las contradicciones y conflictos dicen haber sido eliminados para siempre y por decreto. El punto importa en la medida en que el «problema de la vivienda», en el Tercer Mundo y en particular en América Latina, parece imposible de resolver dentro de las estructuras del presente. No tanto del capitalismo a secas, para el que vivienda y ciudad pueden valer como equipamiento de reproducción social, sino más bien para sus formas dependientes.

El tercer punto de este inventario de especulaciones toma nota de que Aravena atiende una demanda social con instrumentos heterodoxos y que, en este sentido, se lo puede asimilar a un sector de arquitectos jóvenes que toman distancia debida de los llamados *archistars*. Además, y gracias a ello, estos emergentes tienen acceso al capital simbólico heredado de los tiempos heroicos. Un tesoro apetecible y escaso en tiempos de desconexión semántica y rápida erosión de los significados, que parece entrar en sintonía con algunas estrategias de la cadena hotelera que otorga

1. (cont.) ... y se hizo conocida por su sociedad con el fallecido arquitecto catalán Enric Miralles.

Ratan Naval Tata nació en Bombay, cursó estudios de arquitectura e ingeniería en Cornell y luego se especializó en negocios en Harvard. Tata es uno de los directivos del grupo multinacional de su familia, con sede en India. Lord Peter Palumbo es un emprendedor inmobiliario vinculado a la casa real y a los círculos de poder británicos.

Estudió leyes en Oxford, desarrolló una extensa carrera como diletante en arte y arquitectura, y ocupó cargos de responsabilidad en algunas instituciones oficiales del reino. En 1972 compró la casa Fansworth, de Mies van der Rohe, y en 1984, la Kentuck Knob, de Frank Lloyd Wright. Desde hace años, Palumbo es uno de los personajes centrales del premio Pritzker.

2. <http://www.pritzkerprize.com/laureates/2016>.

3. Este año el premio recayó en un estudio en actividad, RCR (Rafael Aranda, 1961; Carme Pigem, 1962; Ramón Vilalta, 1960), con sede en Olot, provincia de Girona, España.

el Pritzker. El grupo Hyatt jamás se destacó por cuidar el diseño ni por fomentar la buena arquitectura de su parque inmobiliario y, sin embargo, se puso al frente del premio más cotizado de la arquitectura reciente.

El 16 de enero, es decir, apenas tres días después del anuncio de Mr. Pritzker en el frío invierno de Chicago, y varios miles de kilómetros al sur, fue detenida en Jujuy Milagro Sala, acusada de «instigación a cometer delitos y tumultos en concurso real». Unos días más tarde, el fiscal agregó al expediente una denuncia por «asociación ilícita agravada» a la que se sumaron unos cargos de fraude y perjuicio contra la administración pública. Milagro Sala es líder del movimiento Túpac Amaru, un grupo de autogestión, mezcla de cooperativa, plataforma política y sindicato corporativo con fama de apretar a sus detractores, que construyó fábricas, canchas, policlínicas y, sobre todo, muchas viviendas sociales. De hecho, la gran estrella de la obra social de Milagro Sala es el barrio llamado «el cantri», que nuclea 6.000 viviendas de un agua clonada hasta el infinito, y entre sus *amenities* figuran canchas de rugby y fútbol, un parque acuático con piscinas y esculturas de pingüinos y lobos marinos a escala real, y un parque infantil arropado con animales jurásicos modelados en fibra de vidrio.

Es evidente que entre Milagro Sala y Alejandro Aravena existe una distancia sideral, al punto de que los laureles del primero y la cárcel de la segunda alcanzan para ponerlo en evidencia. Sin embargo, uno y otro forman parte del universo de casos analizado por Justin McGuirk en *Ciudades radicales. Un viaje a la nueva arquitectura latinoamericana*, y esta misma ambigüedad se traslada desde la elección de casos al título. De hecho, la palabra «radical» funciona bastante mejor como instrumento publicitario que como categoría intelectual apta para caracterizar los fenómenos reseñados en el libro. Cuestión de formas, mucho más que de contenido, pero como se verá más adelante, en el libro de McGuirk muchas veces las formas se hacen cargo del contenido.

Pero mejor comenzar por el principio. Justin McGuirk es un escritor y curador británico con base en el diseño, la arquitectura y las ciudades. Editor de *Icon* —una revista de tendencias globales en la «cultura de la arquitectura y el diseño»—, columnista regular en el periódico progresista *The Guardian* y la revista electrónica *Dezeen*, McGuirk también es director de la editorial

del instituto Strelka, el proyecto apadrinado por Rem Koolhaas con sede en Moscú, aunque dictado en inglés. «Strelka», señala Benjamin Bratton en la presentación del último programa de posgrados, «will become a speculative urbanism think-tank, a platform for the invention and articulation of a new discourse and new models that will help us make sense of the new urban reality».<sup>4</sup> Es decir, mucha ansiedad por lo nuevo.

En el currículum de McGuirk también figura que participó en la muestra *Torre David / Gran Horizonte* junto con el Urban Think Tank e Iwan Baan, con quienes obtuvo el León de Oro en la Bienal de Venecia de 2012. La presentación veneciana estaba dedicada a documentar la vida cotidiana dentro de un edificio de lujo abandonado, de 45 pisos de altura y ubicado en el centro de Caracas, que fue ocupado durante años por 2.000 familias de bajos recursos.<sup>5</sup> Este auténtico asentamiento en vertical, sin ascensores ni servicios –al menos al principio–, aparecía ante los ojos de sus presentadores como una puesta en acto del «derecho a la ciudad» definido por Lefebvre y una muestra sublime de la capacidad de autoorganización popular frente a las debilidades del gobierno y la ineptitud del sistema. Pero en todo caso, el tema más llamativo del montaje fue la celebración de un absurdo que rebasa por kilómetros nuestro sentido común tan pueblerino. Un sesgo muy arraigado que insiste en mostrar a las metrópolis latinoamericanas como el territorio privilegiado donde la realidad desafía cualquier marco de referencia racional hasta alcanzar una dimensión surreal. De hecho, este nuevo realismo mágico –llamémosle de baldío– no solo retoma los viejos tópicos inaugurados por André Breton en su viaje por Centroamérica y el Caribe, sino que también parece seguir siendo la mayor carta de crédito de toda América Latina en los foros internacionales de arquitectura.

Es probable que la expedición venezolana y el premio de Venecia hayan sido los primeros pasos necesarios para ganar en confianza y acceder a una beca de la Graham Foundation que permitió a McGuirk trabajar a fondo en la redacción de *Ciudades radicales*, publicado por Verso en 2014 –un santuario muy cotizado de la izquierda anglosajona independiente–. Por eso en este punto deberíamos suponer que *Ciudades radicales* no solo es un libro construido desde la mirada del norte progresista, sino que también está dirigido a estos mismos interlocutores y, lo dicho,

4. En <http://justinmcguirk.com/> se puede acceder al currículum de McGuirk y a una colección de trabajos de su autoría. En la página del Instituto se puede consultar los títulos de la colección, además de otros materiales interesantes para conocer mejor el proyecto. <http://www.strelka.com/en>. En 2014 el Strelka realizó la curaduría del pabellón ruso en la Bienal de arquitectura de Venecia organizada por Rem Koolhaas y se llevó el premio del jurado.

5. El video *Torre David*, la pieza central de la participación veneciana, se encuentra disponible a 2,99 dólares en <https://vimeo.com/ondemand/torredavid>.

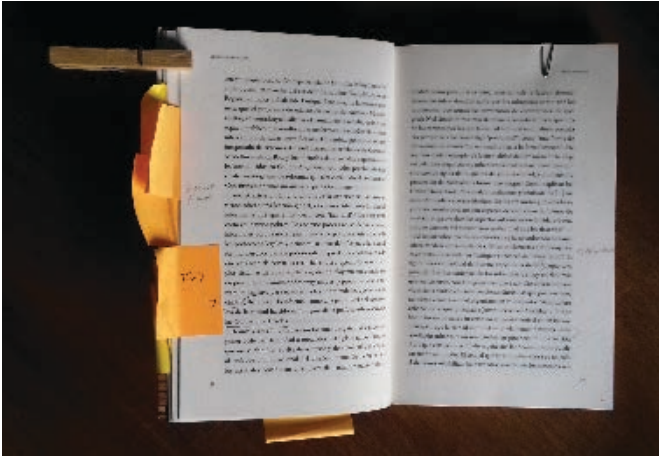


FIGURA 1. JUSTIN MCGUIRK. CIUDADES RADICALES. UN VIAJE A LA NUEVA ARQUITECTURA LATINOAMERICANA.

no supone ningún tipo de sanción moral ni prejuicio localista, sino el simple reconocimiento de coordenadas.<sup>6</sup>

El libro de McGuirk es agradable, está muy bien escrito y razonablemente documentado. Incluso McGuirk se puede jactar –y lo hace– de haber ingresado en cada favela y barrio peligroso para intercambiar opiniones con personas de todo tipo y calaña. Si recordamos que el grupo de estudiantes del City Project de Koolhaas estudió la ciudad de Lagos, en Nigeria, casi sin bajar de un helicóptero, el detalle de McGuirk no deja de ser una señal visible de la diferencia ética con la que el autor se para frente al problema, pero, sobre todo, de la naturaleza epistemológica que invoca cada uno de los proyectos. Al menos en los papeles. Dicho claramente, el conocimiento no es la acumulación de una sustancia erudita tomada de la gran bolsa de la sabiduría cósmica, sino una construcción política donde el papel y el lugar asumido por cada uno es determinante para encontrar y urdir datos, formular problemas y construir herramientas. No hay, por lo tanto, un conocimiento universal a secas, sino conocimiento para algo y, en este caso, McGuirk alienta la profunda transformación de la disciplina bajo el sesgo de su utilidad social. Esto es lo que dice, pero por el momento lo mejor va a ser tomar distancia del punto, aunque solo sea para volver más adelante.<sup>7</sup>

6. Aunque no tiene mayor importancia ni sentido, parece necesario tener presentes las distintas tradiciones dentro de la intelectualidad de izquierda. De hecho, existe una izquierda académica, altamente intelectualizada y, digamos, «sin clase obrera» muy fuerte en el mundo anglosajón.

7. El episodio de Lagos fue relatado por el propio Koolhaas. Más allá de las acusaciones éticas, que francamente no parecen relevantes, el problema debe ser cuestionado en términos epistémicos, porque es allí donde exhibe una pobreza intelectual llamativa. Ver George Packer, «A megacidade», Revista Piauí, <http://piaui.folha.uol.com.br/materia/a-megacidade/>. Consultado el 19.02.2007, 16h53.

*Ciudades radicales* tiene dos centros de interés. En primer lugar, es un libro de viajes por América Latina en el que McGuirk relata algunas experiencias recientes alineadas sobre el límite de la arquitectura. No habla tanto de proyectos de arquitectura como del trabajo alternativo de algunos arquitectos involucrados en procesos sociales de base. Tampoco se detiene en los edificios –en sí mismos–, sino que se interesa por los efectos políticos y sociales que generan unas prácticas militantes que a veces se valen de arquitecturas. El viaje de McGuirk se inicia entre Buenos Aires y Jujuy, continúa en Lima y Santiago de Chile, luego se desplaza hasta Río de Janeiro, aterriza en Caracas, cruza hacia Bogotá y Medellín, y finalmente sube hacia el norte para concluir su periplo justo encima de la frontera de México y Estados Unidos, hamacándose entre Tijuana y San Diego. En cada ciudad que visita, McGuirk recorre lugares, entrevista personas y relata experiencias. En este aspecto *Ciudades radicales* es un buen trabajo de artesano –como dijo oportunamente Richard Sennet–, y la puesta en escena de tanta información es un mérito destacado e innegable.

En segundo lugar, el libro también es una especie de relato iniciático, un diario de motocicleta que sirve para presentar una hipótesis que excede por lejos a la suma de los casos. Dicho en pocas palabras, en la tesis de McGuirk, América Latina vuelve a ser por enésima vez el gran laboratorio de la modernidad, solo que esta vez el alambique continental parece estar destilando un nuevo tipo de arquitecto que debe ser considerado alternativa de recambio para el futuro global. Frente al panorama recalcitrante de los *archistars* y la caída de los profesionales en la telaraña del neoliberalismo –frente a la plácida oscilación de una arquitectura asociada al consumo suntuario, al *marketing* urbano y populista, a la pura imagen narcisista o los intereses inmediatos de inversores y especuladores–, frente a todo este descenso en picada de cualquier respuesta social, señala McGuirk, en América Latina ha comenzado a surgir una generación de alternativa capaz de volver a encauzar el rumbo.<sup>8</sup>

8. Integran la lista de arquitectos el citado Alejandro Aravena –aunque McGuirk plantea objeciones, francamente son tibias–, Jáuregui, Teddy Cruz y Urban Think-tank. En el caso colombiano los personajes centrales son los políticos que dieron cabida a la arquitectura como instrumento de integración social mucho más que los arquitectos.

Como ya se dijo, esta nueva generación «radical» se identifica con prácticas de base que se llevan adelante en estrecha alianza con movimientos sociales que, casi por regla, se desarrollan por fuera de las estructuras de Estado. Pero los nuevos activistas de McGuirk –y esto es importante– no solo hacen de la prácti-

ca comprometida su campo de trabajo, sino también el punto de partida de toda la construcción intelectual. Es decir que en este cuadro son –literalmente– el embrión de un nuevo tipo de pensamiento que anuncia la completa ruptura con las formaciones ideológicas.<sup>9</sup>

Para el británico, el punto de partida «radical» es una vuelta a las raíces que permite alentar la completa revisión de los modelos institucionales, recoger algunos hilos perdidos en los rincones de los años sesenta y construir un saber –o al menos un sesgo– capaz de asumir los nuevos desafíos de la globalización.<sup>10</sup> O sea, enfrentar la urbanización desmedida, la completa usura de la naturaleza y el empobrecimiento de grandes sectores de la población. Aunque aquí la pregunta es cómo se hace semejante cosa, y para encontrar la respuesta hay que llegar al final del libro.

En este punto conviene pasar revista de algunos esquemas historiográficos utilizados por McGuirk, para comprender un poco mejor cuál sería la reserva política e intelectual del continente. Para el crítico, la experiencia del desarrollismo en los cincuenta y sesenta, la era de los grandes conjuntos habitacionales, fue un fracaso rotundo más allá de las buenas intenciones. Digamos que fue un fracaso a tres bandas: político –asociado al populismo y luego a los regímenes militares–, social –responsable de la destrucción de un tejido comunitario– y económico –marcado por la imposibilidad de enfrentar el crecimiento urbano y la pobreza en sus términos reales–. El primer punto de quiebre del entramado desarrollismo-arquitectura moderna, es decir, la crítica y la propuesta alternativa, estaría representado por John Turner y su defensa de las «barriadas» de Lima. Turner entendía que las ocupaciones ilegales y la autoconstrucción eran la mejor solución posible dentro de las condiciones de vida del Tercer Mundo. Esta libertad para los usuarios aseguraba la conquista de algunas ventajas comparativas, como el acceso a la ciudad o la gestión inteligente del ahorro y el crecimiento de las familias, al tiempo que favorecía la integración de grupos y comunidades. Por estos mismos motivos la estrategia de la pobreza reivindicada por Turner termina resurgiendo veinte, treinta o cuarenta años después, para instalarse como base teórica y práctica sobre la que se sostienen –aunque sin necesidad de saberlo– el plan *Favela bairro*, Elemental o las experiencias más mediáticas de Medellín. Este es el final

9. Utilizo el término «ideología» no solo como forma de la falsa conciencia intelectual, sino también como un tipo de pensamiento basado en categorías universales, abstractas, eternas e inmóviles, llamadas «ideas». Ideas, claro está, en su sentido etimológico.

10. Utilizo «globalización» no para significar la internacionalización a secas, sino las maneras concretas de unas prácticas políticas que lograron escindir la producción del consumo, abolir fronteras para las mercancías, fortalecerlas para los hombres y favorecer la concentración de la riqueza a niveles del siglo XIX.



del camino, el centro de un legado que cabe proteger y la antorcha de libertad que América Latina debe traspasar al mundo.

Es obvio que McGuirk matiza con bastante celo el argumento que aquí se presenta bajo una forma muy esquemática. Pero también que los esquemas sirven para eliminar los grises y acelerar la percepción a la velocidad del golpe de vista y, justamente, a golpe de vista McGuirk parece atender a las evidencias históricas —el fracaso del desarrollismo, por ejemplo— sin procesar una crítica de los modelos o de sus condiciones reales de posibilidad. Pasado en limpio, esto significa que no solo fracasó el desarrollismo, sino también todo lo que vino después, y que esto tal vez no tenga que ver solamente con las cualidades intrínsecas del proyecto sino con las condiciones que impone el contexto. Para colmo, el trabajo de acupuntura urbana que celebra el británico tampoco parece un instrumento demasiado potente para enfrentar el crecimiento de enormes manchas urbanas en condiciones de pobreza. Incluso, es probable que el problema deba plantearse primero a escala del territorio y no de las manifestaciones más sensibles.

\*\*\*

Muchas veces los relatos de viaje parecen tentados a repetir las viejas fórmulas de sus antecedentes literarios. Como una típica *road movie* o el peregrinaje de Eneas por el Mediterráneo, el viaje acaba siendo algo más que un itinerario fortuito o la suma de experiencias que se acumulan en la bitácora y al azar. El viaje literario es un círculo perfecto donde solo al final el lector descubre la secreta coherencia anunciada en cada minúsculo detalle. Si esta fórmula funciona para el *tour* de McGuirk, entonces habrá que prestar especial atención al destino final: la frontera de San Diego con Tijuana, el límite donde el sur pobre toca la piel del norte rico.

Y en efecto, tal como venía anunciado en la mirada de McGuirk —otra vez—, tiene demasiado peso la forma sobre el discurso. Por eso a Teddy Cruz, un arquitecto guatemalteco residente en San Diego, le toca asumir el grado 33 del activismo para traducir algunas consignas en palabras. Cruz —como McGuirk— defiende que las fronteras son siempre un punto de intercambio que debe aportar beneficios mutuos a los de arriba y a los de

abajo, y en este caso, el gran aporte del sur es su inteligencia práctica nacida en la cultura de la pobreza que, como se vio, es uno de los componentes centrales del nuevo conocimiento «radical». Ahora bien, para el arquitecto de San Diego, esta inventiva popular se urde perfectamente con la desregulación legal y la práctica ausencia del Estado sobre el suelo mexicano. Se entiende que esta «libertad» de formas garantizaría una libertad paralela de movimientos. Ofrece las condiciones necesarias para el desarrollo de una fecundidad intelectual casi ausente en el norte, una falta de inventiva que pasa al primer plano cuando los desahucios planteados por la crisis de 2008 inauguraron nuevas perspectivas de pobreza y precariedad social, que la legislación urbana no logra contener y hasta termina por amplificar.

Desde aquí es muy fácil comprender cómo McGuirk puede pasar sin obstáculos de una afirmación parcial a una fórmula general: en la medida en que cabe esperar ciudades cada vez más grandes y pobres por obra y gracia de la globalización, y que el fenómeno viene acompañado por el completo desborde de los viejos instrumentos del Estado de bienestar, entonces, concluye, no está nada mal comenzar a tomar nota de las prácticas de resistencia ensayadas durante medio siglo en América Latina. El tema es que tampoco se entiende cuál es el motivo por el que debemos tomar el empobrecimiento de las mayorías como una ley inevitable de la naturaleza, en lugar de un conflicto político. Por esto el razonamiento tiene su lógica pero también una cuota grande de incorrección política y de *boutade*, que parece desbordar al propio McGuirk. Al ingresar en terreno resbaladizo, el crítico británico se limita a intentar separar los tantos propios de la prédica liberalizadora, salvar las apariencias y rescatar su reputación, en lugar de asumir las contradicciones políticas que plantea cualquier análisis concienzudo del viejo «problema de la vivienda».<sup>11</sup>

Pero, en realidad, nada de esto importa demasiado. El tema principal no parece ser el de las inferencias lógicas de McGuirk, sino el peso desmedido que adquieren algunas premisas junto a la inercia de un pensamiento más estético que político. Sobre todo esto último, y en un triple sentido.

*Ciudades radicales* manifiesta una atracción un poco ingenua —pero respetable y lógica— hacia el surrealismo cotidiano que envuelve a la metrópolis latinoamericana, o su fetiche. Solo que,

11. La referencia a Friedrich Engels no es casual. Engels se enfrentó —o al menos lo intentó— a un manejo de contradicciones e interpelaciones de distinta procedencia, en el que se solapaban las fórmulas humanistas de acceso a la vivienda, deseos redentores y la lógica de hierro del mercado del trabajo. Ver: Friedrich Engels, *El problema de la vivienda* (Madrid: Akal, 1976).

en lugar de disfrutar de esta seducción en el plano puramente estético, parece que el autor se siente obligado a encontrar una dimensión trascendente detrás de lo sensible. El problema es estructural e históricamente trasnochado: es como si los juicios estético, ético y lógico se pudieran volver a juntar en la unidad del verbo y, así –soldados uno con el otro–, reflotar el lenguaje de los dioses.

Un segundo formalismo parece venir colgado de un género literario largamente consolidado en la historia. Es la idea del crítico militante, comprometido, que pasa revista a una situación de la que se siente protagonista. En líneas generales, el protocolo consiste en contener las preguntas dentro de las prácticas existentes. Evitar que un exceso de interrogantes acabe por sabotear las respuestas disponibles, calmar la angustia por el futuro encajándola dentro de fórmulas comprensibles y, de paso, colocar al intelectual de turno en el puesto del brujo de la tribu.

La tercera inercia viene de la agenda. McGuirk viajó, recorrió y se metió en cada rincón del subcontinente, pero, a la vista de los nombres y de las entrevistas realizadas, parece que la lista coincide con las nóminas habituales de cualquier foro y publicación global sobre el tema. No hay casi ninguna sorpresa, sino los lugares comunes ocupados por los eternos nuevos consagrados. Por eso mismo cabe la sospecha de que lo que está en juego no es la posibilidad de parir un nuevo conocimiento disciplinario, sino más bien el paso de una nave de cabotaje a una embarcación más sólida. Llámese Strelka, Harvard, Bienal de Venecia, ETH Zurich, AA, o lo que sea.

## Fuente de las imágenes

1. *Foto: José de los Santos, 2017.*